



Miguel José Pérez

**Don Quijote-Sancho/Sancho-Don Quijote
enseñanza-aprendizaje
entre el diálogo y la aventura**

Índice

Don Quijote-Sancho/Sancho-Don Quijote: enseñanza-aprendizaje
entre el diálogo y la aventura

- 1.- La base de la amistad
- 2.- Presentación de los personajes
- 3.- Desarrollo de la enseñanza-aprendizaje
- 4.- Bibliografía consultada

Desocupado lector:

sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro,
como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso,
el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse.

(«Prólogo»)

1.- La base de la amistad

Ante todo quiero decir -y advertir- que no va a ser ésta una conferencia «erudita». No son de mi agrado esas conferencias -o escritos de cualquier tipo- que se derraman en citas de autores que han hablado del tema en cuestión¹, y de lo que sobre el mismo han dicho; pero que apenas se detienen en el análisis de los valores estilísticos, poéticos, los que transmiten el espíritu que ha hecho posible la aparición de una obra de arte y de esta obra inmortal en particular, valores que son los que encierran el sentido profundo de la misma y que ha nacido como producto de una observación certera y penetrante, por parte de su autor, de la situación social, cultural, política, religiosa y, en definitiva, económica de la época, y de la que la obra en sí es fiel reflejo. No podemos por menos de recordar estas palabras de Pedro Salinas que deben ser norte y guía de todo profesor de literatura:

Entiendo que enseñar literatura es otra cosa que exponer la sucesión histórica y las circunstancias exteriores de las obras literarias: enseñar literatura ha sido siempre, para mí, buscar en las palabras de un autor la palpitación psíquica que me las entrega encendidas a través de los siglos: el espíritu en su letra

(Salinas, 1983, II, p. 418).

Es precisamente en esos valores expresivos donde se encierra la última voluntad de su autor: lo que el autor ha querido decirnos².

Mi intervención va a ser -o eso pretendo- una conferencia (tal vez un monólogo reflexivo) intimista, y esto en dos sentidos: En primer lugar, porque expresa el sentimiento íntimo, profundamente placentero y de una serenidad que puedo llamar «metafísica», que en mí ha despertado, desde la primera vez que lo leí en torno a los veinte años³, El Quijote, y muy especialmente, la relación Don Quijote-Sancho (DQ-S); en segundo lugar, porque la humanísima relación que Cervantes nos dejó escrita de la inmortal pareja es, en sí misma, una relación tan íntima y de tan profunda amistad que difícilmente se encuentra otra igual -a mi parecer- en obras literarias. Guiado por estos dos principios voy a procurar seguir la evolución de esa insondable amistad al hilo, en la medida de lo posible, de la narración de la obra.

Esa relación de amistad va creciendo y se va consolidando a lo largo de la obra, como es bien conocido; y tiene como base y fundamento de la misma la verdad: la verdad, que va unida a la palabra. Esta unión de la palabra y la verdad, podemos decirlo sin ambages, es una unión hipostática, y no solo en su sentido metafórico; es decir, para DQ la palabra y la verdad son como «dos naturalezas fundidas en una sola persona».

Y el primer ejemplo de esta relación palabra-verdad lo tenemos ya en el episodio de Juan Haldudo y el muchacho Andrés, que se narra en el capítulo

cuarto de la primera parte. Es un episodio bien conocido; a mí siempre me ha llamado la atención el cambio brusco, casi violento, de DQ respecto del tratamiento con que se dirige a Juan Haldudo. Oigámoslo. Es el momento en que DQ, tras ser armado caballero, regresa a su casa con toda su felicidad a cuestras y derramándola con su palabra por los cuatro horizontes, y ve como el muchacho, aterrorizado, al ser azotado responde a su amo:

-No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios que no lo haré otra vez.

(...) Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

-Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede.

(I, 4, p....)4.

Recordemos que el labrador, aterrorizado ahora él ante «aquella figura llena de armas y blandiendo la espada», en una actitud de cobarde miserable, trata de justificar su acción echando las culpas sobre el pobre muchacho; y la escena continúa así:

-...y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

-¿«Miente» delante de mí, ruin villano? -dijo don Quijote-. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza (...); por el Dios que nos rige que os concluya y aniquile en este punto.

(I, 4, p....)

DQ no puede ni siquiera imaginarse que la palabra no esté unida a la verdad, a la verdad que designa la palabra, ni puede tolerar que se abuse de los desvalidos, pues va en contra de los principios del caballero andante; y eso hasta tal punto que sólo el hecho de que alguien se atreva a pronunciar el vocablo «mentira» en su presencia, y sobre todo después de ver lo que está viendo, es para él la mayor ofensa que puede recibir. Por eso, cuando oye a Juan Haldudo decir «y en Dios y en mi ánima que miente», y encima acompañada de juramentos, le corta bruscamente, encolerizado, porque ese «miente» le ha herido como un rayo fulminante en lo más profundo de su existencia como caballero, como hombre, pues la palabra es el hombre: es como si desarticularan su personalidad desgajándola en dos mitades y aniquilando su propia esencia. Y, como fuera de sí, con voz desencajada, pasa de aquel enérgico pero respetuoso «descortés caballero» a este «ruin villano» denigrante acompañándolo también de dos juramentos a cual más furibundo⁵.

DQ está seguro de sí mismo y de su palabra; y así, en la escena del vizcaíno, cuando S insiste en decirle que aquellas personas no son lo que DQ cree, le responde: «Lo que yo digo es verdad» (I, 8, p....).

Todavía no ha aparecido Sancho, pero no cabe duda de que la primera enseñanza que hubiera recibido, lo primero que hubiera visto en DQ, es la defensa de la dignidad humana, el respeto a todo individuo; y eso es para DQ algo tan fundamental en el proceso del desarrollo del ser humano como tal y su formación como persona, que viene a constituir el fundamento de toda la educación. Y en ese principio de la verdad/palabra o de la palabra/verdad, repetimos, reside el hecho mismo de ser hombre⁶. Por otra parte, esta relación entre DQ y S se desarrolla mediante el diálogo. Así en la «Introducción» a su edición de *El Quijote* nos recuerda L. A. Murillo que «el trato entre hidalgo y criado recrea maravillosamente la forma del diálogo estimulada en el siglo XVI por el influjo de Erasmo» (Murillo, 1984, p. 23). Este diálogo se desarrolla, como sabemos, de un modo continuo, intenso; y es tan esencial y necesario que, sin él, es evidente que no existiría la novela.

El diálogo entre amo y escudero, sobre todo, es de tal intensidad que realiza el «milagro» de que S participe de la misma «locura» de su amo y se abran para ambos las ventanas de todos los horizontes. Este diálogo es -como dice Alberto Sánchez (1989)- lo más enjundioso de todo el libro; es un diálogo espontáneo, fresco, animado, vivo: lo más vivo del libro. Don Quijote, la voluntad proyectiva, actúa sobre la voluntad receptiva de Sancho. Y Sancho -que no sabe leer ni escribir, como él mismo lo reconoce en varias ocasiones- se va elevando a lo largo del libro en un proceso de formación gradual, y lento pero siempre firme. Así, DQ pretende educarle sacando de él, gracias a la naturaleza bondadosa de S, lo mejor de sí mismo⁷.

En este sentido, merecen mencionarse: las continuas correcciones de lo que Amado Alonso llamó «prevaricaciones lingüísticas» de Sancho (recordando la frase «prevaricador del lenguaje» que le dice DQ), y que se extienden a lo largo de toda la obra; las llamadas a la moderación cuando el propio S argumenta sus razones con una serie interminable de refranes (véase especialmente el capítulo 67); y asimismo también el diálogo -casi monólogo- de los capítulos 42 y 43 de la segunda parte donde DQ se explaya en dar consejos a S, unos relativos al espíritu y otros al cuidado del cuerpo. Pero el capítulo que consideramos más importante en lo relativo a la enseñanza y al fin que se busca es el 16 de la segunda parte, como puede verse en el trabajo que sobre este capítulo publicamos en el V Congreso de Cervantistas (Pérez-Enciso, 2001).

También a través de ese diálogo, como sabemos, DQ se autoeduca: la influencia de S y de sus intervenciones -y aun las de los demás como sucede, por ejemplo, en el episodio de los cabreros, según veremos luego- son decisivas, pues de todos es sabido que el buen profesor aprende también y se va formando a través de las preguntas de sus alumnos, que le hacen reflexionar. Podemos decir que *El Quijote* es de principio a fin «pedagogía en acción, con un protagonismo esencialmente dual, pues hay en todo él un proceso de enseñanza, de educación, con altibajos pero sobre todo con grandes logros» (Sánchez, 1989).

La trascendencia que tiene el diálogo en *El Quijote* la comprendió muy bien Antonio Machado, quien nos dice con la profunda clarividencia de un poeta iluminado por la verdad como es él:

 Cuando llegamos a Cervantes, quiero decir al Quijote, el diálogo

cambia totalmente de clima. Es casi seguro que Don Quijote y Sancho no hacen cosa más importante -aun para ellos mismos-, a fin de cuentas, que conversar el uno con el otro. Nada hay más seguro para Don Quijote que el alma ingenua, curiosa e insaciable, de su escudero. Nada hay más seguro para Sancho que el alma de su señor

(Machado, 1964, p. 570).

En ese diálogo -sigue diciendo Machado- «la razón no huelga: es como cañamazo sobre el cual bordan con hilos desiguales el caballero y el criado», pero lo que interesa es «la heterogeneidad de las conciencias». No olvidemos, sin embargo, que en este diálogo uno, que está loco, no renuncia a «persuadir de su total concepción del mundo y de la vida» y el otro «padece tanta cordura como desconfianza de sus razones», de modo que nos encontramos ante un diálogo «entre dos mónadas autosuficientes y, no obstante, afanosas de complementariedad, en cierto sentido, creadoras y tan afirmadoras de su propio ser como inclinadas a una inasequible alteridad», alcanzando una grande e insondable «profundidad ontológica».

2.- Presentación de los personajes

Pero veamos quiénes son estos dos protagonistas, cómo nos los presenta Cervantes. Don Quijote aparece ya con todas sus características sociales, familiares y personales, en el primer párrafo. El libro empieza con una frase indefinida que al mismo tiempo nos indica un territorio conocido de un país concreto. Tal comienzo evoca el de los libros de caballerías pero a la vez se le opone. El héroe se nos presenta como un personaje real de aquí y ahora y, junto a Sancho, rodeado asimismo de numerosos personajes contemporáneos no legendarios ni de país desconocido, sino de la España en la que vive su autor y centrado en su región más pobre: «En un lugar de la Mancha...». Después aparecen sus características personales y sus aficiones:

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza (...).

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso -que eran los más del año-, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda.

(I, 1, p....)

Nuestro hidalgo no acaba de entender el intrincado lenguaje de aquellos libros, y comenta Cervantes:

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello.

(I, 1, p....)

¿No vemos en esos párrafos que recoge de los libros de caballerías una crítica del lenguaje huero y enrevesado carente de la necesaria claridad de toda comunicación, y, por desgracia, tan corriente en el lenguaje de entonces y de hoy y de siempre⁹? Y termina la presentación del héroe:

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio (...).

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante.

(I, 1, p....)

Era absolutamente necesario e imprescindible para el hombre Miguel de Cervantes hacer loco, claramente loco, a Don Quijote -el responsable de todo lo que va a acontecer en la obra- para poder así expresarse con total libertad y sin miedo a nada ni a nadie¹⁰. De ahí que esa condición de loco de su héroe esté presente a lo largo de la obra y muy especialmente y de manera expresa cada vez que DQ arremete contra las consagradas y poderosas instituciones oficiales; y así queda recalcada ya en su primera salida:

Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

(I, 2, p....)¹¹.

En efecto, DQ a lo largo de toda su vida, y ya desde que sale de su aldea, desde su propia existencia como Don Quijote, va en busca de su destino sin importarle a donde le lleve el camino¹²; y siempre con la ilusión de poner en práctica los principios que ha sacado de las mismas novelas, y que han ido modelando su espíritu en defensa de los débiles y oprimidos, y con el propósito de imponer la justicia en el mundo. Así se lo dirá, con una mirada retrospectiva y llena de inmensa satisfacción y sano orgullo, al Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda: «Soy caballero destos que

dicen las gentes que a sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida» (II, 16, p. 236).

Pero Cervantes sabe muy bien que su héroe tiene que ser un hombre de espíritu libre, consciente y seguro de sí mismo, símbolo de la dignidad humana y dueño absoluto de sus actos, así como responsable de los mismos, y defensor a ultranza de esa dignidad y de la justicia que en ella tiene su fundamento. Por eso el autor, sin dejar pasar más tiempo, se encarga de dejar constancia de ello ya en el capítulo cinco. Don Quijote, a pesar de «tantos palos» como recibe por parte de los mercaderes toledanos, que le dejan «molido como cibera» ya en la primera «desventurada aventura», mantiene intacto su espíritu y, ante el labrador de su pueblo que le dice que es «el señor Quijana», afirma solemnemente:

Yo sé quién soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho sino todos los Pares de Francia.

(I, 5, p. 122)13.

Sabe quién es. Y está, según acabamos de decir, seguro de sí mismo y de la certeza de sus palabras («Lo que yo digo es verdad»); y de eso nadie tiene tanta seguridad y certeza como el mismo DQ, quien reivindica para sí la más absoluta cordura («no soy loco ni menguado»). Por eso, el propio Cervantes tiene buen cuidado de poner en boca de su héroe estas palabras aclaratorias dirigidas al Caballero del Verde Gabán, palabras que le sacan de las «imaginaciones» y perplejidades interiores en que el propio caballero se halla sumido ante el razonamiento y las acciones de DQ, lo cual no puede entender:

¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pues, con todo esto, quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido.

(II, 17, p....)

Pensamos también que la base de la educación, compañera de la sabiduría, se asienta en la capacidad de observación (Pérez-Enciso, 2004): el que observa es el que detiene su mirada y contempla el espectáculo del mundo, cuya realidad no puede admitir; el que se asombra, pregunta, indaga y es capaz de imaginar: imaginar un mundo diferente de aquel mundo sórdido que contempla en la venta en su primera salida. Todas estas características conforman la complejidad del personaje creado por Cervantes; lo cual hace que se despierten en él el deseo de cambiar la vida tediosa que llevaba en su aldea. Entonces, lleno su espíritu y su corazón de todas aquellas fantasías caballerescas, decide cambiar su destino: su vida se vuelve dinámica y comienza la acción, la aventura; y, con ella su inmortalidad14.

Y en esa misma aventura le va a acompañar también, siempre, su fiel escudero Sancho; el cual, en consonancia con lo dicho, responde al Caballero del Verde Gabán -cuando en el episodio de los leones éste le pregunta: «Pues ¿tan loco es vuestro amo, que teméis, y creéis, que se ha de tomar con tan fieros animales?»-, le responde -repito-: «No es loco, sino atrevido».

La figura de Sancho no aparecerá hasta el capítulo séptimo. Pero Cervantes ha ido preparando desde el principio la creación del héroe complementario¹⁵. Ya se deja entrever cuando el ventero, al decirle DQ que no lleva dineros «porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído» (I, 3, p...), le responde que se «engañaba», pues los pasados caballeros habían tenido «por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias» (I, 3, p...).

Y pronto aparece explícita la voluntad de DQ de coger a un escudero. Cervantes nos presenta a su héroe lleno de una infinita satisfacción -que se traslada en bellísima y explosiva metáfora a Rocinante- después de ser armado caballero¹⁶ y salir de la venta «tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo» (I, 4, p...). Inmediatamente le vienen «a la memoria los consejos de su huésped» y, entre ellos, el de acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería.

(I, 4, p...)

Y, efectivamente, en el capítulo séptimo, que podemos considerar como capítulo de reflexión y preparación para sus definitivas aventuras, DQ decide hablar con su vecino como tenía pensado:

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien -si es que este título se puede dar al que es pobre-, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero.

(I, 7, p...)

Parece claro que no le fue fácil a DQ convencer a un pobre hombre de pueblo e iletrado de su propuesta; le pide que se disponga a ir «con él de buena gana», pues no quiere forzar su voluntad, pero tiene que prometerle, aunque con cierta reserva -«tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula»-, el hacerle «gobernador della». Merece la pena que nos fijemos en la oración parentética «si es que este título se puede dar al que es pobre». Resulta evidente la ironía ya desde el principio. Por otra parte creo que recoge también la opinión

soterrada y general entre las clases sociales más poderosas de que el honor y la bondad vienen dados por la sangre y no pueden darse entre la gente humilde y sencilla y pobre.

Resulta interesante, además, ver cómo Cervantes nos va presentando, a través de las intenciones de DQ, las condiciones que debe tener -y que él exige de- la persona que va a ser su escudero, antes de que sepamos quién va a ser el elegido. Sólo al final conocemos su nombre:

Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino.

(I, 7, p....)17.

El procedimiento de que DQ se vale para convencer a Sancho es el primer ejemplo que se nos presenta de un modelo práctico de enseñanza. A pesar de lo absurda que puede parecer la oferta que S recibe de quien va a ser su señor, debió ser de tal condición la fuerza de sus palabras («con estas promesas y otras tales»), que obnubiló la razón de S y dobló su voluntad¹⁸. Ya tenemos, completa, la creación de la inmortal pareja, que a partir de ahora se nos va apareciendo, vívida y cada vez más compleja y enriquecida como la vida misma, entre una inmensa selva de aventuras. Y comienza la segunda salida de DQ con S a su lado y con todo sigilo:

sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese.

(I, 7, p....)

Todavía sigue Cervantes con la palabra y nos presenta así a Sancho: lo vemos retratado en nuestra imaginación como escultura andante, orgulloso de sí mismo, de acompañar a su señor y sintiéndose anticipadamente a su lado ya señor de sí mismo como se lo dirá (en el capítulo 60 de la segunda parte), precisamente, a DQ: «que soy mi señor»:

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido.

(I, 7, p....)

¡Qué finísima ironía la de Cervantes en la que aparece envuelta la figura del escudero! Sancho camina con toda la solemnidad de la caricatura, como guardián de las esencias patrias, montado sobre un asno y rodeado de todos los atributos: sus alforjas y su bota. Sí, ironía; pero burla feroz de las instituciones gobernantes, que a sí mismas se llaman «nobles».

3.- Desarrollo de la enseñanza-aprendizaje

Se ha repetido hasta la saciedad -y se sigue diciendo- que DQ representa los ideales y S el materialismo. Pero no podemos olvidar lo que dice el propio S a su amo en la aventura de los batanes: «Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos» (I, 20, p....). Por eso advierte D. Alonso, siguiendo a Unamuno y Papini, que «Sancho es también otro caballero de otro ideal»:

¿No deja él también su lugar, su casa, su familia y su menguada hacienda, por atender a las visiones de un loco? ¿Acaso no le acompaña en sus aventuras y participa en su fatiga y en sus palos? Y para el pobre escudero, allá en el confín del horizonte lejano, como otra Dulcinea encantada, está presente en todas las peregrinaciones, espejismo de la llanura, siempre cercano a la fantasía, siempre lejos de su alcance, su ideal: la ínsula.

(Alonso, 1962, p. 9)

Ya desde el principio DQ da a su escudero una maravillosa lección, que consideramos básica para el posterior desarrollo de la persona y necesaria para cualquier aprendizaje: la confianza en uno mismo y la seguridad, sin vanagloria pero sin minusvalorarse. Sancho la aprende a la primera. Así al final de ese capítulo el diálogo que mantienen ambos termina de esta manera:

-...pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

-No haré, señor mío -respondió Sancho-, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

(I, 7, p....)

Como vemos, S tiene ya una fe ciega y casi reverencial en su amo; y, además, sabe que «es bueno», como dirá más adelante. Y así «el primer proceso, en el alma de Sancho -dice D. Alonso (1962, p. 10)-, es irse metiendo en la locura de su amo». Y no tarda mucho; en la escena de los molinos, es tal la fuerza de la palabra de DQ que, cuando las aspas le derriban, «precisamente entonces, Sancho se deja convencer por las razones de su amo»:

A la mano de Dios -dijo Sancho-; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice.

(I, 8, p....)

Esa fe y confianza, aunque con altibajos, permanecen inquebrantables a lo largo de la obra; y aparece explícita en varias ocasiones también a lo largo de la misma. Bastan estos dos ejemplos de los primeros lances: «Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad» (I, 13, p....); «Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer» (I, 18, p....);

.....
Sabemos que en ocasiones S llega a engañar a DQ (la carta que no lleva a Dulcinea, el encantamiento de la misma), incluso en alguna ocasión se le subleva hasta luchar con él y vencerle pero lo hace en defensa de su libérrima voluntad («ayúdome a mí, que soy mi señor», le dice en el capítulo 60 de la segunda parte). Pero todo ello no merma un ápice la veneración que S le profesa. «Porque lo característico del alma de Sancho es que en ella el movimiento de ilusión y desilusión se reproduce ondulatoriamente a través de todas las páginas de la obra», como acertadamente dice Dámaso Alonso, quien añade que el pobre escudero, «tras muchos desengaños, vuelve una vez y otra a un original estado de inocencia; vuelve a creer en su caballero» (Alonso, 1962, p. 14). Esta confianza de S en su amo tiene su correspondencia en el respeto que DQ demuestra por su escudero ya desde el principio. Así, cuando DQ comenta a S que los caballeros andantes jamás se quejan, éste le responde: «De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse»: Y Cervantes comenta:

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería.

(I, 8, p....)

No cabe la menor duda de que todo aquel que quiera dedicarse a la enseñanza ha de partir de un principio fundamental, *conditio sine qua non*: y es que debe considerar y respetar la manera de ser de las personas y la libertad de pensar y actuar de las mismas.

Es esta relación de mutua correspondencia y respeto lo que hace que se vaya afianzando cada vez más, y más profundamente, esa amistad cuasi hipostática entre esas dos «almas gemelas» que son DQ y S; y eso hasta tal punto, que S se dirige a su amo y señor con la libertad de un igual pero sin perder jamás -si bien alguna vez pueda parecer otra cosa- el respeto y la admiración que le profesa, aunque a veces dude y aun maldiga su situación. Por su parte, DQ se dirige a S con respetuosos epítetos, llenos de un profundo afecto y siempre acompañados de su nombre antes o después (alguna vez con nombre y apellido): amigo, hermano, bueno, el bueno, hijo, «Sancho amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho», amigo y guía, escudero

mío, «¡Oh Sancho bendito! ¡Oh Sancho amigo!»...

Otras veces, sin embargo, menudean los insultos, pero -lo repetimos- ello no disminuye el cariño ni se menoscaba la amistad, porque esos insultos van rebozados en la harina de un profundo afecto: majadero, villano ruin, traidor blasfemo (todos, en el capítulo 30 de la primera parte), aunque, tras la aclaración de S le dice: «Ahora te disculpo y perdóname el enojo que te he dado; que los primeros movimientos no son en manos de los hombres». Y luego, en el capítulo 37, después de que «la Princesa Micomicón» le haya desbaratado la sospecha y desmentido a S -quien previamente le había dicho a su amo: «Levántese vuestra merced (...), y verá a la reina convertida en una dama particular, llamada Dorotea»-, se dirige a él lleno de sana irritación en estos términos, pensando que su escudero es un irresponsable chismoso:

Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea?

(I, 37, p....)

Tras la disculpa -a medias- de su escudero, concluye DQ: «Ahora yo te digo, Sancho, que eres un mentecato, y perdóname, y basta» (I, 37, p....). Resulta verdaderamente admirable oír a DQ, tras las explicaciones de S, pedirle disculpas e incluso reconocer que todos tenemos un «pronto» que, humanos como somos, no podemos evitar. ¡Qué admirable ejemplo de dignidad para todos nosotros, y sobre todo para quienes nos dedicamos a este delicadísimo oficio de la enseñanza y la educación!¹⁹

Pero más adelante, ya casi al final de ese episodio, S, «que a todo estaba presente», y, como suele hacer quien conoce la situación y no se deja engañar, «meneando la cabeza a una parte y a otra» y diciendo «ay, señor, señor» “”, se dirige a su amo en estos términos: «Si vuestra merced se enoja, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir a su señor» (I, 46, p....). Entonces DQ le replica: «Di lo que quisieres»; y S respondió: «yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más que mi madre; porque a ser lo que ella dice, no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda» (I, 46, p....).

Naturalmente Dorotea «paróse colorada con las razones de Sancho»; pero éste prosigue su alegato diciendo que ya no corre prisa prepararse para marchar y termina con estas palabras: «será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos». Y ahora toma la palabra Cervantes para describir el enojo de DQ al oír «las descompuestas palabras de su escudero», el cual

fue tanto, que, con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has

osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? ¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!

(I, 46, p....).

Pocas veces vemos a DQ tan disgustado y molesto. ¿Por qué esta reacción? No olvidemos el gran respeto que tiene sobre todo por las mujeres y por su «honra» y por su libertad²⁰. Naturalmente, ha de ser la propia Dorotea -siguiendo el juego consabido- quien le quitará el enojo recurriendo a los «encantamientos» que le habrán hecho ver a S «lo que él dice que vio, tan en ofensa de mi honestidad». Nuevamente la ironía cervantina nos hace sonreír. Y lógicamente DQ así lo cree, y lo confirma con un juramento, terminando con estas palabras: «que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios a nadie» (I, 46, p....). Más adelante, cerca del final de la primera parte, vuelven los elogios de S por parte de su amo: «y así, puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido» (I, 50, p....).

El juego continúa y, cuando el cura trae a S, su amo le echa la bendición y se entabla este breve diálogo: «-Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho (...). -Así lo creo yo, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria. -No lo creas; que si así fuera, yo te vengara» (I, 46, p....).

Es entonces cuando tiene lugar el encadenamiento de DQ, por vía de «encantamiento», y todo se desarrolla «a punto como había pensado que sucedería el cura, trazador desta máquina». De entre todos los presentes, comenta Cervantes, sólo Sancho

estaba en su mismo juicio, y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia.

(I, 46, p....)

Estamos ya al final de la primera parte. Mientras todos están fingiendo y recurren, arteramente, a su misma «locura» para conseguir reducir a DQ, sólo S conserva efectivamente, en medio de su confusión, «su mismo juicio». El escudero ha aprendido como se debe actuar en casos como éste, y nos da una maravillosa lección de prudente astucia e inteligencia.

En la segunda parte la figura de S va creciendo en dignidad, y hasta cuando en alguna otra ocasión, cansado e irritado y exacerbado por la multitud de refranes que ensarta, también parece insultarle («maldito seas, Sancho; Sancho maldito»), sentimos que ese insulto está transido de una profunda ternura y de un gran cariño. A la vez vemos que en DQ, como hemos dicho, va creciendo un afecto por su escudero cada vez mayor, visible ya desde el principio, que se manifiesta a lo largo de toda la obra, y que en la segunda parte llega hasta transformarse en admiración. Así, por ejemplo:

Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo.

(I, 25, p....)

¡Válate el diablo por villano -dijo don Quijote-, y qué de discreciones dices a las veces! No parece sino que has estudiado.

(I, 31, p....)

Yo confío en su bondad y buen proceder que no me dejará, en buena ni en mala suerte.

(I, 42, p. 9...)

La sencillez y hasta la aparente simpleza con que se nos presenta a Sancho Panza no está reñida con la personalidad que, junto al profundo respeto que siente por su señor, irradia el personaje creado por Cervantes, una personalidad que se va forjando y manifestando, fuerte y segura de sí misma, en cuantas ocasiones se le presentan. Así, por ejemplo, cuando llevan a DQ enjaulado de regreso a casa al concluir la primera salida, tras decirles que «así va encantado don Quijote como mi madre», dirigiéndose al cura le espeta²¹:

¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin donde reina la envidia no puede vivir la virtud.

(I, 47, p. 903)

Luego, el barbero, engreído y displicente, le dice a Sancho: «En mal punto os empreñastes de sus promesas y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis» (I, 49, p. 904). Y el buen escudero que es

Sancho, sintiéndose ofendido en su propia dignidad, le replica con la fuerza de quien está seguro de sí mismo y hasta con cierta ironía y superioridad como quien sabe más que él:

Yo no estoy preñado de nadie, ni soy hombre que me dejaría empreñar, del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada a nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador de un ínsula (...). Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y a mí no se me ha de echar dado en falso.

(I, 47, p. 905)

«Debajo de ser hombre»... ¡Qué lección la que ahora da S! Una lección que debe ser también una guía necesaria e imprescindible para todo el que se dedique a la enseñanza. La idea de la dignidad de ser, antes que otra cosa, un ser humano es la idea a la que se subordina cualquier otra dignidad: todo lo que en la vida nos acompaña como personas individuales e indivisos, cualquiera que ello sea (rey, zapatero, labrador, modista, papa, barrendero, presidente, mendigo, catedrático, albañil, arquitecto, deshollinador...) será siempre una máscara que nos ponemos para actuar disfrazados desempeñando el papel que nos ha correspondido en el gran teatro de la vida. Si nos quitamos ese disfraz y la indumentaria misma que le acompaña, nos quedamos totalmente desnudos: solos ante nosotros mismos, solos ante el mundo, todos iguales.

Como ya hemos dicho antes, S aprende muy rápidamente ya desde el principio; y es el suyo un aprendizaje constante que le va enriqueciendo durante toda la obra; pero es que él también es «una material muy valioso» por sí mismo y moldeable: así lo reconoce el mismo DQ en su testamento cuando afirma que «si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece» (II, 74, p....). Así, cuando DQ le advierte que no debe meterse en las peleas que su señor sostenga con caballeros puesto que S no lo es, le responde:

Por cierto, señor, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos y pendencias. Bien es verdad que en lo que tocara a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

(I, 8, p....)

Ello no obstante no le libraré de salir mal parado como sale en tantas

ocasiones; tal le sucede ya en ese mismo pasaje cuando los mozos, «que no entendían de burlas», y viéndole despojar al fraile vencido²², «dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin dientes ni sentido» (I, 8, p....).

La enseñanza es un camino de paciencia, un proceso largo, tan largo que dura toda la vida. Sancho quiere alcanzar enseguida su meta: la ínsula prometida; y, así, se lo pide a DQ tras el primer envite que cree victorioso, la aventura de los frailes: «Sea vuestra merced servido, señor don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado» (I, 10, p....). Ese «don Quijote mío», traspasado de ternura, lo está a la vez de un ingenuo egoísmo y hasta de adulación.

La respuesta que recibe es la lección de un gran maestro:

Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a esta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas (...). Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.

(I, 10, p....)

Aunque S es el escudero de DQ y, desde el punto de vista de la sociedad en que se vive, sea considerado en ese sentido inferior, el caballero, como debe hacer todo buen educador, se esfuerza por que esa situación no le afecte a su escudero, haciendo lo posible para enseñarle y educarlo, y tratando de que se siente y «sea una misma cosa» con él y como uno más entre todos. Así, en la cena que los cabreros le ofrecen, DQ viendo que S se queda de pie para servirles le dice:

...quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor: que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala.

(I, 11, p....)

Pero Sancho, poco atento a las reglas de urbanidad que desconoce, aunque «da por bien recibidas» las palabras de DQ, defiende la sencillez en un acto tan importante y personal como es el comer; y, si bien agradece «la gran merced» y «la honra» que le hace su señor, le replica que lo que importa es tener «bien de comer» y aun que «mejor me lo comería en pie y a mis solas»; y añade:

Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo.

(I, 11, p....)

Indudablemente es un canto a la sencillez que DQ acepta implícitamente con la respuesta que le da, pero salvando su empeño en que S vaya aprendiendo: «Con todo eso, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios le ensalza» (I, 11, p....).

Es el momento en que DQ pronuncia el famoso discurso sobre la edad de oro que el autor nos presenta así: «Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones» (I, 11, p....). Tanta pasión pone DQ en lo que dice, lo dice tan bien y sintiendo lo que dice, que los cabreros, «sin respondelle palabra», aunque no le entendieran, le estuvieron escuchando «embobados y suspensos». Pero «Sancho asimesmo callaba y comía bellotas».

Aunque el comentario de Cervantes rebosa ironía, encierra una lección positiva que todo profesional de la palabra debería tener presente: Para poder conseguir la atención de los oyentes, cualesquiera que ellos sean, es necesario de toda necesidad hacerlo con el entusiasmo que muestra DQ; y, desde luego el maestro, por su profesión, está obligado a ello siempre que se dirija a sus alumnos, si quiere que la enseñanza surta los efectos deseados, para que el diálogo sea efectivamente diálogo. Ningún educador podrá transmitir el amor, por ejemplo, hacia la lengua y la literatura si él no siente ese amor y lo hace con el entusiasmo y la sensibilidad de un enamorado.

Pero en esta ocasión Cervantes hace que también DQ reciba una lección de humildad. El cabrero que cuenta la historia de Marcela se equivoca en varias palabras. La primera vez que DQ le corrige, interrumpiéndole, el cabrero sigue su historia, «no reparando en niñerías»; cuando más adelante le dice que «esa ciencia se llama astrología», aquél le contesta, un poco molesto: «No sé yo cómo se llama -replicó Pedro-; más sé que todo esto sabía; y aún más» (I, 12, p....).

La lección que Cervantes nos da es que -como dice el refrán español- «a todo hay quien gane»; que el educador, y precisamente el que se supone que es más sabio, ha de tener mucho tacto a la hora de corregir, especialmente de forma oral, a los alumnos para no herir su sensibilidad. Y así DQ, tras otras interrupciones provocadas por no poder «sufrir el trocar de los vocablos del cabrero», adquiere consciencia de la situación, sobre todo cuando le dice el cabrero: «si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año» (I, 12, p....).

A partir de ahí, DQ no solo le pide perdón sino que le anima a proseguir su historia y elogia su forma de hacerlo: «y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia» (I, 12, p....). Y más adelante: «agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento» (I, 12, p....)²³.

Tras este capítulo, se desarrolla en los siguientes el largo diálogo que sostiene DQ con uno de los «gentiles hombres» que acuden al entierro de

Grisóstomo -diálogo que mantienen por la curiosidad de «ver qué género de locura era el suyo»-. DQ defiende la acción como ejercicio superior al de la contemplación: «Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos». Y, para evitar cualquier censura eclesiástica, añade luego:

No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que, sin duda, es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha malaventura en el discurso de su vida²⁴.

(I, 13, p....)

Aquí DQ, que, con toda su ilusión a cuestas, se ha lanzado a la aventura por descubrir lo que se va a encontrar en su camino, y con absoluta seguridad en la rectitud de sus actos, dueño de sus pensamientos y de sus incommovibles principios, sabe que tiene que enfrentarse a ese mundo apacible de los que nada emprenden²⁵. Y nunca adoptará una actitud pasiva, sino que, según sabemos, será siempre dinámica y activa. Precisamente, sobre lo importante que es la acción en sí como elemento creador dice, siguiendo a Aristóteles, Fernando Savater:

La acción no es fabricación de objetos o de instrumentos sino creadora de humanidad. La praxis es autopiética: la principal industria del hombre es inventarse y darse forma a sí mismo (...). Actuar requiere sin duda conocimiento e imaginación (...); pero consiste principalmente en decisión acerca de lo que va a hacerse.

(Savater, 2003, pp. 26, 35)

Hay a su alrededor un mundo que él tiene que desenmascarar. Esa aventura es permanente y no únicamente exterior, sino que es vivida esencialmente en su interior: sale de sí mismo a través de la imaginación creadora; con ella consigue ennoblecer la realidad, creando así una realidad mágica²⁶, «convertir lo doméstico en épico». Y, como dice León Felipe, «antes denuncia nuestras miserias el poeta que el moralista» (Felipe, 1963, p. 229).

Sigue aquel caminante inquiriendo de DQ sus ideas; y así le dice que le parece muy mal que los caballeros andantes, «cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura», nunca se acuerdan de encomendarse a Dios «como cada cristiano está obligado a hacer en peligro de perder la vida» y, en lugar de eso, «se encomiendan a sus damas como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a gentilidad». Pero DQ, defendiendo por encima de todo el amor a su dama como ideal

divino del caballero y móvil último de sus acciones, le replica:

...eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos que le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende; y desto tenemos innumerables ejemplos en la historia.

(I, 13, p....)

Pienso que aquí Cervantes, nuestro Cervantes, muestra, como en tantas otras ocasiones, cuál debe ser el móvil de nuestros actos, y especialmente los relativos a la enseñanza y al comportamiento de nuestra vida en relación con los demás: el amor. Claro está que en este caso se trata solo del amor entre dos amantes, varón y mujer y viceversa, y de cómo el hombre enamorado tiene por guía el amor de su amada; pero personalmente pienso que la entrega por nuestra parte a la enseñanza ha de estar guiada por un sentimiento que tenga la misma fuerza que el amor del caballero por su dama.

A todo esto, ¿qué hace mientras S? No se le olvida al autor presentarlo con magistral pincelada, en tanto que los otros van «conociendo la demasiada falta de juicio de don Quijote», y lo vemos así: «Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento» (I, 13, p....). Y es que S ve que su amo habla con tanta seguridad y tan convencido está de lo que dice, que no puede por menos de quedarse subyugado por su razonamiento; así algo más adelante leemos: «Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna» (I, 18, p....). La fe y confianza del escudero en su señor es total y ya no encuentra la menor duda para creer en él, atraído especialmente por su bondad.

Con ocasión del episodio de Maritornes, que tiene lugar en aquella venta, y que Cervantes nos presenta con ese genial humor encadenado a su gozosa visión de la vida y a su enorme conocimiento y capacidad expresiva del lenguaje²⁷, asistimos a uno de los episodios más divertidos y entretenidos de la obra; como entretenida y divertida y alegre debe ser, aun en medio de las desdichas, la vida misma: el hombre debe luchar con todas las fuerzas del espíritu por superar todos los contratiempos, todas las zancadillas que le pongan en su camino.

Poco después entre DQ y S se entabla este sabroso diálogo:

-Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

-¿Qué tengo de dormir, pesia a mí -respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho-, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche?

-Puedeslo creer así, sin duda (...). Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de la

muerte.

-Sí juro -respondió Sancho.

-Dílogo -replicó don Quijote-, porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

(I, 17, p....)

A continuación le explica DQ -que en medio de sus ilusiones y alucinaciones y desvaríos cree que en su cama se ha metido la hermosa hija del ventero en lugar de Maritornes- que, «al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por donde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante» (I, 17, p....)... Indudablemente, lo que DQ le quiere decir a S es que aquella situación no pasó a mayores por «guardar la fe que debo a mi señora». Y, por tanto, que no debe uno dejarse llevar de las apariencias ni se debe pensar mal de nadie y mucho menos calumniar, cuando además está por medio la honra y la dignidad de la persona. Otro principio fundamental de la educación. Y de nuevo la verdad como fundamento de la amistad. Con esto DQ da a S -y nos da a todos- una maravillosa lección del alto valor de la dignidad humana, y de respeto por la misma.

El episodio de los rebaños termina, naturalmente, en fracaso; y tras la vomitona con la que «quedaron entrambos como de perlas» S siente tal desánimo, sobre todo cuando comprueba que le faltan las alforjas, que «propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula» (I, 18, p....); y está tan abatido que DQ, al verle «de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además, con muestras de tanta tristeza» (I, 18, p....), no puede por menos de recurrir a su poder de persuasión y a su ascendencia sobre él para animarle:

Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas.

(I, 18, p....)

Todos sabemos que el camino de la enseñanza-aprendizaje es, a veces, muy duro y en más de una ocasión aparece el desaliento. Pero no debemos detenernos a mitad de él; es necesario continuar trabajando, siguiendo y haciendo nuestro camino, so pena de quedarnos rezagados y fuera del proceso vital al que el hombre se ve impulsado por el entorno en que le toca vivir. Nuestra formación como seres humanos nunca se para, nunca está terminada; como el camino machadiano, «se hace camino al andar». DQ trata de infundir ánimos a S pero a la vez se deja guiar por él: «Guía tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos» (I, 18, p....).

Sucede esto con relativa frecuencia porque S, aparte de su natural ingenio, va aprendiendo también al lado de su señor a ser consciente del papel tan importante que juega junto a él. Tan importante, en efecto, y necesario es DQ como S; tan importante y necesario es el profesor como el alumno. Y en muchas ocasiones es él quien acaba convenciendo a DQ. Así en el episodio del cuerpo muerto DQ, tras desbaratar a los encapuchados, quiere ver «el cuerpo que venía en la litera»; pero S «no se lo consintió» y le convence elogiando su «victoria» en solitario y recurriendo a argumentos más prosaicos pero no menos necesarios:

El jumento está como conviene, la montaña cerca, el hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de oies, y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.

(I, 19, p....)

Con ello S logra que su amo le siga «sin volverle a replicar»; y, llegando «a un espacioso y escondido valle», con su habitual humor y gracia no exenta de ironía, comenta Cervantes:

Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrea que los señores clérigos del difunto -que pocas veces se dejan mal pasar- en la acémila de su repuesto traían.

(I, 19, p....)

Uno de los momentos en que con más clarividencia se manifiesta la inteligencia práctica de S es en el diálogo que mantienen en el capítulo 23, tras concluir el episodio de los galeotes. El escudero le dice: «Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco»; y añade: «pero créame ahora y escusará otro mayor [daño]; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías (...); y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos»; ante lo cual responde DQ:

«Naturalmente eres cobarde, Sancho», aunque inmediatamente admite: «pero porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes»; y le pone como condición que «jamás, en vida ni en muerte» ha de decir a nadie que se retiró del peligro «por miedo, sino por complacer a tus ruegos». Entonces S le responde con unas palabras dignas de los famosos «siete sabios»:

Señor, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, o si no, yo le ayudaré, y sígame; que

el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos

(I, 23, p....).

¡Qué lección «magistral» la que S da a DQ en tan pocas palabras! ¡Y, sobre todo, con qué humildad y con qué sencillez y con qué dignidad!

Difícilmente se encontrará en literatura un ejemplo como este en que la dignidad del ser humano resplandezca como aquí, y en labios de un pobre hombre del pueblo, que ni siquiera sabe leer ni escribir! Sí, un hombre iletrado, «zafio», del pueblo bajo; pero un hombre sabio del pueblo sabio. ¡Y cómo DQ, convencido, le sigue «sin replicarle más palabra» hasta llegar a un lugar donde «se le alegró el corazón»! La ironía de Cervantes brilla también aquí con luz propia.

En una de aquellas ocasiones de desfallecimiento, S siente tanta pena que llega a pedirle a su señor que le dé licencia para volverse a su casa, y es que no puede soportar la prohibición que le ha impuesto de hablar tanto. Y es que anteriormente, tras la escena de los batanes, DQ le ha dicho: «Y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo» (I, 20, p. 401).

Y así le ruega con solemnidad compungida:

Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver a mi casa, y a mi mujer, y a mis hijos, con los cuales, por lo menos, hablaré y departiré todo lo que quiera; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida.

(I, 25, p....)

Naturalmente DQ, como gran maestro que es, le entiende muy bien y le responde: «Ya te entiendo, Sancho, tú mueres por que te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua. Dale por alzado y di lo que quisieres» (I, 25, p....). Nada hay peor en la vida, y lógicamente en el mundo de la enseñanza, que el prohibirle a alguien el uso de la palabra; pues, como ya quedó dicho, la palabra es el hombre y, como dice D. Alonso, «somos hombres por la palabra» (Alonso, 1958, p....). Sin la palabra, sin el diálogo, sería inconcebible la enseñanza y hasta la propia sociedad.

El valor de la palabra lo conoce muy bien DQ, y él es quien más uso hace de ella. En ese oficio de usar la palabra, todos sabemos que cuantos le conocen y tratan quedan maravillados del valor que tienen las de DQ y, aún más, de su humanísimo razonamiento y el valor permanente del mismo, como es evidente a lo largo de la novela. Porque, si hay algún libro escrito que defienda la dignidad del ser humano, y valore por encima de cualquier

otro el valor supremo de ser hombre, a lo que todo lo demás queda subordinado, ése es El Quijote.

Es esto tan necesario para el fin que persigue Cervantes, que no pierde ocasión de destacarlo cuantas veces tiene la oportunidad de hacerlo y por boca de muy distintos personajes, y así sucede a lo largo de toda la obra. Como muestra valgan estos ejemplos de la primera parte: «Admirado quedó el oidor del razonamiento de DQ, a quien se puso a mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras» (I, 42, p....); «admirado» se queda también el canónigo que dialoga con él cuando le llevan encantado a su casa «y en la misma admiración cayeron todos los que con él venían», después de oírle decir, entre otras cosas, que va así «por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos» (I, 47, p....); y admirado sigue el mismo cura «de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía a perder los estribos en tratándole de caballería» (I, 49, p....)²⁸.

Pero el cura, viendo que DQ dialoga con el canónigo, se acerca «para responder de modo que no fuese descubierto su artificio». Al llegar a ellos, el cura le dice que DQ va encantado «no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada y la valentía enoja. Éste es, señor, el Caballero de la Triste Figura, cuyas valerosas hazañas serán escritas en bronce duros, por más que se canse la envidia en oscurecerlos y la malicia en ocultarlos». Con esas palabras, se está acusando real y verdaderamente a sí mismo. ¡Con qué finura y con qué asombrosa inteligencia Cervantes hace que el propio autor de tal felonía se esté echando la culpa directamente a sí mismo, así sin más, y sin que nadie lo pueda descubrir!

Cervantes, en los capítulos finales en que llevan enjaulado a DQ de regreso a casa, pone en boca del héroe algunas de las ideas más importantes que presidieron su vida y que deben ser también guía de todos nosotros, sobre todo los que tenemos como profesión la enseñanza. Así, bajo su mirada crítica está la mala literatura, especialmente las «malas comedias», aquellas que los malos gobernantes -a quienes censura por ello- permiten que se representen para que el pueblo se olvide de la trágica realidad, se aísle de los problemas²⁹ y se distraiga produciendo en la gente una risa hueca, vacía e inconsistente; pues la comedia ha de ser «espejo de la vida, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad» (I, 47, p....). Sí, critica la mala literatura, la que sólo divierte para distraer la atención de los hechos graves pero no educa, la que no plantea los problemas que la vida presenta cada día, la que no se preocupa de la formación humana y de cultivar la sensibilidad del hombre, la que no obliga a pensar. De ahí que los libros deben hacerse

con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad (...), que consiga el fin mejor que se pretende con los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente.

(I, 47, p....)

Asimismo, bajo su pluma de censor caen, sin paliativos, los malos jueces, los que se venden y se guían «por la ley del encaje»; y todos aquellos ignorantes presuntuosos cuya mirada miope se detiene en lo concreto de su pequeño mundo doméstico, como aquel clérigo -ya mediada la segunda parte- que se sentaba a la mesa de los duques y que pertenece a esa clase de los que «quieren que la grandeza de los grandes de espíritu se mida con la estrechez de sus ánimos» (II, 32, p. 460).

Y otro tanto acontece con los nobles, que bostezan acomodados en el pedestal del poder y del dinero, y que desprecian a todo el que no es de su clase ni de sangre que llaman «noble». Por eso defenderá la dignidad del ser humano y la nobleza ganada por su valía personal y no por su sangre y su nacimiento, recurriendo con frecuencia a la sabiduría popular: «Cada uno es hijo de sus obras» (I, 4, p. 104); «Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro» (I, 18, p. 360)³⁰; «Ruin sea quien por ruin se tiene» (I, 21, p. 426)³¹. Por eso entre los consejos que dará a Sancho, para el buen gobierno de su ínsula, destaca éste:

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio (...). Mira, Sancho, si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

(II, 42, pp. 583-584)

Cervantes conoce muy bien el valor de la crítica, y la usa con la más refinada ironía y siempre con una enorme dosis de respeto por las personas, pero sin concesiones a la estupidez, el fanatismo, la hipocresía, la necedad, o la soberbia que nace de la ignorancia y que pretende convertir la mentira en verdad; ni menos aún al cohecho. Como dice Martín-Santos:

Cervantes, Cervantes... ¿Puede realmente haber existido en semejante pueblo, en tal ciudad como esta, en tales calles insignificantes y vulgares un hombre que tuviera esa visión de lo humano, esa creencia en la libertad, esa melancolía desengañada tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración, de todo fanatismo como de toda certeza?

(Martín-Santos, 1979, p. 62)

El escudero está ya también contagiado plenamente del espíritu de su señor. Así, cuando, al final de la primera parte, su mujer sale a su encuentro, lo primero que le pregunta es «si venía bueno el asno» y si le trae algún vestido o zapatos. Pero S le contesta, con orgullosa

satisfacción: «No traigo nada deso, mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración» (I, 52, p....).

Es evidente que S se halla metido ya de lleno en el mundo de DQ. Y, como dirá más tarde el cura, «parece que los forjaron a los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necesidades del criado no valían un ardite». Y el barbero remata: «No me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero» (II, 2, p....).

No cabe duda de que el escudero ha aprendido de su señor a valorar, por encima de las cosas materiales y concretas, los valores superiores del ser humano, los que le hacen consciente de su dignidad como persona individual y colectiva, del buen gobierno de la humanidad y lo que esto lleva aparejado (a lo que tantas veces alude); si bien todavía no sufrirá los efectos del desengaño hasta después de conseguir el ansiado gobierno de su ansiada ínsula³².

Vemos ya aquí -según dejamos constatado más arriba- cómo ha ido creciendo constantemente aquella relación de amistad («Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos», II, 7, p....), amistad que se afianza sobre todo por la identificación psíquica, espiritual, entre amo y escudero, que ha tenido lugar a lo largo de la primera parte. Esa amistad va a ir profundizándose cada vez más sobre todo mediante un diálogo que se derrama morosamente y amorosamente por toda la segunda parte, diálogo de una profundidad ética y vitalista, no superado, a mi parecer, en literatura, que nace de -y a la vez regenera- una convivencia que transcurre con toda la humanidad a cuestas.

Una enseñanza que se base en esos principios siempre obtendrá tan maravillosos frutos como los que han arraigado en S. El propio Cervantes se sorprende y nos informa de que el «traductor desta historia llegando a escribir este quinto capítulo», que trata «de la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer», lo tiene por «apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese» (II, 5, p....). Y hasta la propia mujer de S se queda sorprendida de su manera de hablar: «No os entiendo, marido»; y más adelante:

-Mirad, Sancho -replicó Teresa-; después que os hicistes miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

(II, 5, p....)

Y aún insiste luego: «Yo no os entiendo, marido». En todo este diálogo vemos que S se comporta con su mujer como DQ lo hace con él. Incluso en la manera de dirigirse a ella, a veces con insultos, aunque cariñosos: «mujer mía», «mujer», «boba», «bestia y mujer de Barrabás», «animalia». Y hay un momento de ese diálogo que es delicioso, precisamente, como acabamos de decir, por el paralelismo que se establece con el que tiene lugar entre de DQ y S en bastantes ocasiones:

-Yo no os entiendo, marido -replicó Teresa-; haced lo que

quisiéredes, y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estáis revuelto en hacer lo que decís...

-Resuelto, has de decir, mujer -dijo Sancho-, y no revuelto.

-No os pongáis a disputar, marido, conmigo -respondió Teresa-. Yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos.

(II, 5, p....)

Como están discutiendo sobre el porvenir de sus hijos, en un chispeante diálogo que nos trae a la memoria el cuento de la lechera, porque S en siendo gobernador quiere que su hija sea condesa en contra de la opinión de su mujer, Cervantes lo concluye con estas palabras llenas de humor (y a la que él califica luego, con aguda ironía, de «la impertinente referida plática»):

Y en esto comenzó a llorar tan de veras [Teresa] como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica. Sancho la consoló diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió a ver a don Quijote para dar orden en su partida

(II, 5, p....).

Podemos afirmar que Sancho es un excelente discípulo, que ha aprendido perfectamente las enseñanzas de su amo, como ya se lo ha reconocido el mismo DQ tras la intervención de aquél cuando le explica su amor por Dulcinea, intervención que obliga a su amo a exclamar: «Válate el diablo por villano, y qué de discreciones dices a las veces! No parece sino que has estudiado» (I, 31, p....). Entonces S, orgulloso de oír decir semejante elogio a su señor, responde: «Pues a fe mía que no sé leer»; como si dijera que lo ha aprendido en su compañía y de su «buen natural». (Lo que confirmará más adelante (II, 12) en situación parecida). Al entrar en el capítulo tercero de esta segunda parte, Cervantes hace que la inmortal pareja que ha creado en la primera parte entre a formar parte del hilo argumental de aquélla. De modo que tanto DQ como S son personajes conocidos y famosos, y ambos gozan de general respeto. Como decimos en otro lugar, «Asistimos en este capítulo a la proclamación de la fama de DQ como emanación de las virtudes caballerescas, que son norte y guía del Caballero de la Triste Figura. Carrasco le habla de cómo la gente valora su ánimo, su paciencia ante las desgracias, su sufrimiento, su honestidad y la pureza de su amor. Todo eso le conduce a la virtud» (Pérez-Enciso, 1999, p. 116). La fama, rasgo renacentista que el Hidalgo considera vital, es una conquista que él merece en justicia. Y así lo pone de manifiesto:

Una de las cosas que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque siendo al contrario ninguna muerte se le igualara.

(II, 3, p. 62)

Ante una situación como ésta, no es de extrañar que DQ se sienta lleno de satisfacción al ver el éxito que ha tenido su «historia» entre la gente de la más diversa índole. Cervantes aprovecha estos momentos para insistir -resaltándolos- en los principios éticos que han guiado la conducta de sus protagonistas y para poner en boca de DQ sus más profundos pensamientos sobre la dignidad del ser humano y la rectitud de sus actos. Asimismo, en alusión a los detractores de su «historia» impresa -así como a los escritores que falsean las historias con mentiras para sacar réditos sólo por envidia-, teme que mezclen «con una verdad mil mentiras, divirtiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia». Y termina diciendo:

¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes!
Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo;
pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabia.

(II, 8, p....)

También, a partir de ahora, y a lo largo de la segunda parte, Sancho se va enriqueciendo y empapando de la doctrina de su amo. Su personalidad se va a ir consolidando cada vez más hasta decidir, en ocasiones, por sí mismo. Y de tal modo que Sancho, sin dejar de ser escudero y discente, va a ser ante todo compañero, y compañero exigente. Así cuando DQ, en el capítulo siete, le enmienda una de sus «prevaricaciones lingüísticas», tenemos este sabroso diálogo:

-Una o dos veces -respondió Sancho-, si mal no recuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me emiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, o diablo, no te entiendo»; y si yo no me declarare, entonces podrá emendarme; que yo soy tan fócil...

-No te entiendo, Sancho -dijo don Quijote-, pues no sé qué quiere decir tan fócil.

- Tan fócil quiere decir -respondió Sancho- soy tan así.

-Menos te entiendo ahora -replicó don Quijote.

-Pues si no me puede entender -respondió Sancho-, no sé cómo lo diga; no sé más y Dios sea conmigo.

-Ya, ya caigo -respondió don Quijote- en ello (...).

(II, 7, p....).

Como sabemos que DQ quiere ir al Toboso a ver a Dulcinea, no tiene más remedio que dejarse guiar de S y así le dice; «Has dicho, Sancho, mil

sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos a buscar donde me embosque» (II, 9, p....). Luego, como un perfecto enamorado, le encarga que observe bien las reacciones de Dulcinea, porque «las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa»; y aún añade como envuelto en las penas de amor: «Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas».

En todo este proceso, juega un papel importantísimo el hecho del encantamiento de Dulcinea, que, como es sabido, tiene lugar en el capítulo diez, y es llevado a cabo por Sancho. Claro está que el escudero tiene todas las de ganar y lo hace basándose en su conocimiento de DQ. De modo que S se prepara a sí mismo en dos impresionantes soliloquios: habla para él solo y él mismo se contesta. Cervantes penetra en la psicología del personaje y, a través del buril finísimo de su palabra, nos va iluminando hasta los más oscuros y misteriosos recovecos del ser humano. Pero merece la pena que oigamos al menos en parte esos soliloquios intimistas del «socarrón de Sancho»:

-Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? -No, por cierto. -Pues ¿qué va a buscar? -Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. -Y ¿adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? (...). -Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos, y no os dejasen hueso sano?...

(II, 10, p....).

Tras el final de este soliloquio primero, comenta Cervantes: «Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fue que volvió a decirse»:

-Ahora bien: todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo (...). Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras (...), no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo que tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere...

(II, 10, p....).

Y así sucede, en efecto. El escudero le avisa de que Dulcinea y sus doncellas vienen a verle. Pero, previamente a su llegada, Sancho, con un lenguaje impropio de él, va preparando imaginativamente a DQ, que, todo expectante y azorado, exclama sin acabar de creerlo: «¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas» (II, 10, p....). Pero el escudero, que no las tiene todas consigo, le responde: «¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad?» (II, 10, p....). Es un verdadero acierto estilístico ver cómo Cervantes consigue que Sancho no mienta. Una vez descartada toda duda, S da rienda suelta a su imaginación y pinta ante la de su amo las figuras de Dulcinea y sus doncellas con tal viveza y con tanta fuerza que DQ sólo tiene aliento para corregirle una palabra, cosa que da aún más impulso a su escudero:

Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa, nuestra ama, vestida y adornada; en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

(II, 10, p....)

Sí, como suele ser frecuente según sabemos, S dice una palabra por otra pero, tras la corrección de su amo, y pasando esta vez de ello, sigue lanzado y no hay ya quien le detenga. ¡Tan seguro está de sí mismo, de su «hazaña», de la verdad de su engaño! Por eso continúa:

Poca diferencia hay de cananeas a hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

(II, 1º, p....)

El pasaje en que se sigue desarrollando el diálogo del encantamiento es de lo más vivaz pero a la vez de lo más trágico para el enamorado caballero, a quien imaginamos sumido en la más negra amargura. Hay que destacar especialmente el párrafo en que DQ alude a que le quitaron «lo que es tan suyo de las principales señoras», el «buen olor»:

Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

(II, 10, p....)

En contraste resalta cada vez más la figura del escudero, elevado a la categoría que corresponde al señor. Se ha trasladado el lenguaje de DQ a S, que habla como un hombre de la corte; incluso imita el lenguaje de su amo y señor apostrofando -¡qué fina ironía la de Cervantes!- a los malignos encantadores que han transformado a Dulcinea, como queriendo acompañar a DQ en su desolación:

¡Oh canalla! -gritó a esta sazón Sancho-. ¡Oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo y, finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor.

(II, 10, p....)

Ese «tú a tú» es a veces tan notorio que en más de una ocasión, tras la intervención de DQ, toma la palabra el escudero para confirmar lo dicho por su amo con otros ejemplos. Así sucede, por citar un solo caso, cuando DQ le pone como «espejo de la vida» las figuras que se pueden introducir en la comedia, donde todos los personajes tienen un papel que desempeñar; «pero, en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura» (II, 12 p....). Inmediatamente S responde:

-Brava comparación, aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio; y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

(II, 12, p....)

Naturalmente DQ se da cuenta de lo mucho que su escudero ha avanzado en sus conocimientos y en su capacidad de reflexión, como norma fundamental para su formación. Por eso Cervantes los deja que sigan hablando entre ellos y se explayen para que expresen ahora libremente sus mutuos sentimientos:

-Cada día, Sancho -dijo don Quijote-, te vas haciendo menos simple y más discreto.

-Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced

-respondió Sancho-; que las tierras que de suyo son estériles y

secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos; quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído: la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales, que no desdigan ni deslicen de los sederos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.

(II, 12, p....)

«Rióse don Quijote de las afectadas razones de Sancho», comenta Cervantes. Pero al mismo tiempo interiormente siente una enorme satisfacción al comprobar el progreso de su escudero, pues «parecióle ser verdad lo que decía», y, además, «porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba» (II, 12, p....). Ambos héroes siguen hablando hasta bien entrada la noche, hasta que a Sancho «le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos» (II, 12, p....)³³.

En fin, toda la segunda parte es un precioso monumento literario en homenaje -y en busca y defensa- de la dignidad humana y de exaltación de su natural bondad. Una aventura en la que están ya embarcados por igual DQ y S; los cuales, navegando contra viento y marea por la maravillosa e indestructible nave del diálogo, surcan el proceloso mar de la vida humana en busca de su propia realización personal, y tratando de imponer la justicia en un mundo azotado por su propia desventura. Como le dice DQ a S cuando van a ver a Dulcinea:

Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

(II, 8, p....)

El tema que nos ocupa, y sólo referido a El Quijote, es de tal amplitud, y de tantísima importancia, que se podrían escribir varios tratados sobre él³⁴. Pero, como no es posible alargarnos en demasía en el espacio de una conferencia, sólo voy a hacer unas breves consideraciones más.

Ya dejamos dicho que el capítulo que consideramos más importante en este sentido es el 16 de esta segunda parte³⁵. Queremos aquí solamente destacar dos ideas. Ante todo, DQ le dice al Caballero del Verde Gabán, como «conclusión de mi plática», que «deje caminar a su hijo por donde su

estrella le llama» (II, 16, p....); y como quiere estudiar poesía, y no leyes o teología como quiere su padre, Don Quijote hace de ella uno de los más hermosos elogios que se pueden encontrar, y lo hace -él, dándole una lección- con una infinita humildad ante un caballero que tan pagado de sí mismo se siente:

La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios; no ha de ser vendible en ninguna manera.

(II, 16, p....)

Y ya como resumen y condensación de lo dicho, y sobre todo para que veamos cómo aquel ilusionado derrotero de enseñanza-aprendizaje por un camino de diálogo y aventura ha culminado felizmente con el objetivo alcanzado, oigamos a los dos protagonistas, ya casi al final, de regreso a su casa: derrotados, sí, pero no vencidos sino ilusionados. El Uno, pidiéndole que se dé los azotes redentores, petición que termina con una frase en latín; y el Otro, queriendo dormir:

-No entiendo eso -replicó Sancho-; sólo entiendo que, en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

-Nunca te he oído hablar, Sancho -dijo don Quijote-, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: «No con quien naces, sino con quien paces».

(II, 68, p....)

Ahora, permitidme que para terminar, y como un bello colofón a lo que acabáis de oír, y a la vez como testimonio personal de homenaje a ese maravilloso escritor vuestro -y nuestro- que fue, que es, Alejo Carpentier, cuyo feliz centenario estáis celebrando, permitidme -repito- que os recuerde unas palabras suyas de su obra *El reino de este mundo*, hermosísimo libro por el que se derrama la tradición, los mitos, la vida y

la sangre hecha poesía, de estos pueblos. Aparecen casi al final; su héroe Mackandal se levanta, como bramido telúrico, de la plaza donde le tienen encadenado a una hoguera, ascendiendo por los aires como un grito de libertad y contra la esclavitud que el eco del mundo repite de boca en boca:

Un cansancio cósmico, de planeta cargado de piedras, caía sobre sus hombros descarnados por tantos golpes, sudores y rebeldías (...). Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse Tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo.

(Carpentier, 1978, p. 167)

Muchas gracias por haberme escuchado, amigos.

Miguel José Pérez

La Habana, 9 de diciembre de 2004

4.- Bibliografía consultada

- Alonso, D. (1958): Tres sonetos de la lengua española, Madrid, Gredos.
Alonso, D. (1962): «Sancho-Quijote. Sancho-Sancho», en *Del siglo de oro a este siglo de siglas*, Madrid, Gredos, pp. 9-19.
Carpentier, A. (1978): *El reino de este mundo*, Barcelona, EDHASA.
Cervantes, M. de (1987): *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de V. Gaos, Madrid, 3 vols.
Gaos, V. (1987) = Cervantes.
Felipe, L. (1963): *Ganarás la luz*, 3- «El poeta prometeico», *Obras completas*, Buenos Aires, Losada.
Landeró, L. (2003): «T + T», en *El País*, 9-V-03.
Machado, A. (1964): *Obras. Poesía y prosa*, Buenos Aires, Losada.
Martín Santos, L. (1979): *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral.
Murillo, L. A. (1984): Edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Castalia, 2 vols.
Pérez, M. J. (2003): *La palabra necesaria. Magia, maravilla y poder del lenguaje*. Conferencia inaugural del curso 2003-2004, Madrid, Universidad Complutense, en la Facultad de Educación-Centro de Formación del profesorado.
Pérez-Enciso, M. J. y J. (1999): «Cervantes entre la realidad y la ficción de su propia obra (Una meditación personal en torno al capítulo 3 de la

Segunda Parte)», en Didáctica (Lengua y Literatura), Madrid, UCM, nº 11, pp. 111-122.

Pérez-Enciso, M. J. y J. (2001): «El capítulo XVI de la segunda parte del Quijote. El tema de la educación y su actualidad», en Volver a Cervantes. (Actas del IV Congreso Internacional de la AC), Palma de Mallorca, Univ. de les Illes Balears, pp. 705-714.

Pérez-Enciso, M. J. y J. (2004): «Don Quijote, enseñar para la aventura: El diálogo, fundamento de la educación», en Revista de Educación. Número extraordinario 2004: «El Quijote y la Educación». Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, pp. 149-163.

Salinas, P. (1983): Ensayos completos, Madrid, Taurus, 3 vols.

Sánchez, A. (1989): «Don Quijote, pedagogía acción», Conferencia pronunciada en la EU Pablo Montesino en el 150º aniversario de la primera Escuela de Magisterio.

Savater, F. (2003): El valor de elegir, Barcelona, Ariel.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmbese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario